

## XX

Penetró el desórden en la hacienda y en la administracion. La moneda del imperio, prenda de la sinceridad de las transacciones, habia sido alterada por los judíos, inspectores de la acuñacion. El fabricante judío de la moneda presentó al tesorero del sultan, dice Alí, historiador de este reinado, diez piezas de oro « tan delgadas como una hoja de almendro, del peso de una gota de rocío. » El judío le ofreció un presente de doscientas mil piastras, si queria aceptar aquella moneda para pagar á las tropas. El tesorero no admitió la propuesta. Uno de los favoritos de Amurat, Mohammed-bajá el *Halconero*, así llamado por el empleo primero que desempeñó en el serrallo, recogió el regalo y se encargó de hacer recibir la paga en aquella especie á las tropas de la capital.

Los genizaros, indignados con la ilusoria moneda que se les distribuia, se amotinaron y llenaron el serrallo de imprecaciones. El gran visir Sinan-bajá, y el antiguo favorito Ibrahim, segundo visir, fomen-

taban secretamente la sedicion por envidia del favor dominante de Mohammed, el *Halconero*. Las puertas de los patios fueron derribadas por sesenta mil genizaros, á quienes se unieron muchos soldados seducidos de otros cuerpos. La sala del divan, en que Amurat deliberaba con sus visires, resonó con los gritos y amenazas que se enderezaban á la cabeza del mismo sultan. Hasta aquel dia la sedicion no habia llegado á subir hasta nombre tan sagrado.

« Si no se nos entrega al beglerbeg Mohammed, » vociferaban los revoltosos, « ¡ que el sultan tiemble por sí mismo ! Nosotros sabremos llegar hasta él. » En vano se trajeron á los genizaros montones de oro y plata, sacados del tesoro repleto de Amurat. La cólera era mas fuerte que la codicia : « ¡ El primero de entre nosotros, gritaron, que se atreva á recibir su paga ántes de que caigan las cabezas del *Halconero* y el tesorero, perderá la vida en el acto ! »

Despues de haber negociado algunas horas con los rebeldes para salvar á su favorito, Amurat lo abrazó llorando, le quitó su puñal y se le entregó á los alborotadores. Mohammed fué despedazado ántes de haber bajado las escaleras del divan. El inocente y virtuoso tesorero, injustamente denunciado á las tropas, sufrió la muerte que solo merecia su tentador. Amurat sospechó que Ibrahim y Siawusch ha-

bian atizado y dirigido la sedición contra su amigo. « Muy mal he hecho, dijo al volver al haren, en no « entregar á todos los visires á la justa venganza de « mis esclavos : los mas culpables no han recibido « su condigno castigo. »

Siawusch-bajá, destituido despues de calmada la revuelta, dejó el puesto á Sinan-bajá. Hassan el *Relogero*, apodo que recordaba su profesion, fué nombrado aga de los genizaros.

En aquel año acontecia la jornada de las Barricadas que ensangrentaron á Paris, y moria Enrique III asesinado en medio de su córte. Los genizaros se sublevaron de nuevo pocos dias despues de su sangrienta ejecucion, y saquearon el palacio de su general, Hassan el *Relogero*. Dióseles por aga á un caballerizo del sultan, hombre que prometia dejar impunes sus caprichos. La rebelion se comunicó á las extremidades del imperio. Sinan, el antiguo gobernador de Ofen, enemigo de la alianza austriaca, fué asesinado en su propia casa. Atribuyóse el crimen á dos esclavos suyos, cuyos cadáveres fueron hallados cuarenta dias despues, en el campo, cerca de las murallas de la ciudad. Las tropas de Hungría y de Persia se sublevaron por el atraso de sus pagas. Ferhad-bajá, gobernador de Erzerum, fué asesinado por sus genizaros. El húngaro Djafar-bajá, antiguo paje fa-

vorito de Amurat, fué igualmente asediado por sus tropas en la ciudadela de Kars. Este parlamentó con los rebeldes, fingió ceder á sus exigencias, compró en secreto el auxilio de los guerreros kurdos de las tribus limitrofes, los ocultó en la ciudad, y convidando luego á sus soldados á entrar dentro de las murallas para que asistieran á un banquete, con que queria celebrar su reconciliacion, mató mas de dos mil rebeldes en una sola noche.

Las tropas forzaron en Constantinopla al sultan á cambiar tres veces de gran visir, de aga de los genizaros y de muftí. Un renegado italiano de Ancona, Khalil-bajá, fué nombrado aga. Siawusch-bajá, tres veces gran visir, y otras tantas destituido, fué colocado á la cabeza del consejo. Una revuelta de los spahis que pedian la cabeza del tesorero del serrallo, y que no pudo ser reprimida sin la intervencion armada de los genizaros, de los bostandjis, de los pajes y de los eunucos, hizo caer de nuevo á Siawusch del poder. Sinan-bajá volvió á ocupar su puesto.

Durante estos movimientos militares de la capital, los genizaros de Moldavia disponian tambien sediciosamente del trono de Jassy, en favor de un palafrenero moldavo, llamado Aaron, que los habia seducido con sus liberalidades. El sultan se vió obligado á confirmar esta indigna eleccion.

El rey de Francia, Enrique IV, notificó al sultan su advenimiento al trono, le envió á M. de Breves para separarlo de la alianza española, y anudó con la Puerta las relaciones de Francisco I. El gran visir, á instancias de M. de Breves, hizo encerrar en la torre de Galata á M. Lanscome, embajador de la Liga.

## XXI

El diván buscaba una ocasion de guerra para ocupar la ociosidad de las tropas. La tardanza con que pagaba el Austria el tributo, las invasiones del territorio otomano por los uscocos, bandidos croatas, y las represalias sangrientas de los turcos en la Croacia, la promovieron. El emperador Rodolfo II llamó á sus súbditos á las armas é instituyó en el santo imperio romano y en la Hungría austriaca la *campaña de los turcos*, especie de somaten regular que sonaba tres veces de dia y otras tres de noche para excitar á las ciudades á la vigilancia y á la oracion contra sus bárbaros enemigos. Hassan-bajá, beglerbeg de Bosnia, perdió la batalla de la Kulpa contra los generales de Rodolfo. Veinte mil turcos, rechaza-

dos por los austriacos hasta las orillas escarpadas del rio, rompieron los puentes con su peso, y cayeron al agua. Los otomanos llamaron el año de esta derrota, *año de la ruina*.

La guerra se hallaba encendida sin estar declarada. El furor del pueblo de Constantinopla la declaró por sí mismo. El ejército salió de la ciudad á las órdenes del gran visir. Los dervises, que lo acompañaban, exaltaban su ánimo con gritos y gestos fanáticos. Algunos de ellos, cubiertos con pieles de oso y de leon, imitando el rugido de estas fieras, llevaban encadenado á Khrewitz, embajador de Rodolfo II. Al llegar á Belgrado murió á consecuencia de los ultrajes y la miseria que le hicieron padecer en el camino. Conducida esta guerra por ambas partes con molicie y desarreglo, no ilustró ni á la Alemania ni á la Turquía. Solo fué una alternativa de triunfos y reveses, de indisciplina y de asesinatos que desolaron las provincias de Hungría, de Valaquia y de Moldavia, sin que alcanzara la victoria ninguno de los combatientes. Los genizaros no cesaron de poner á precio su valor. El sultan agotaba su tesoro para enviar á Belgrado el sueldo y las gratificaciones que exigian á sus generales.

Amurat III, debilitado por su vida licenciosa, languidecía en sus jardines del Bósforo. Su único placer

era contemplar desde las ventanas de sus kioskos las velas de los buques que cruzaban y volvian á cruzar como aves enormes, de la Propóntide al mar Negro, y del mar Negro á la Propóntide. Su melancolía nativa se aumentaba en el otoño de su vida. El son de los instrumentos y las salvas de los buques que lo saludaban con sus cañones conmovian un poco sus sentidos, gastados por el placer. Algunos días ántes de la enfermedad que minaba sus fuerzas, mandó á sus músicos que en vez de las marchas militares tocaran una pieza melancólica y casi fúnebre de una canción turca, cuyo primer verso dice : « Me siento á languidecer. ¡ Ven muerte ! ¡ Ven á velar esta noche á mi cabecera ! »

Miéntas que los músicos cumplian su orden, dos galeras egipcias, pasando por debajo de los kioskos, dispararon todos sus cañones á la vez para saludar al padischah. La conmocion, rechazada por las rocas del Bósforo, hizo caer los vidrios hechos pedazos á los piés del sultan. El enfermo vió en esto un presagio de su destino, roto muy pronto como el cristal. « Ved, » dijo á sus mujeres, « en otro tiempo las « salvas de mis escuadras reunidas no hubieran con- « movido estas vidrieras que ahora han caido al « suelo al estampido de dos miserables galeras. « Todo tiene su hora fatal. El palacio de mi existen- « cia se hunde del mismo modo. »

Murió á la noche siguiente de la tristeza que le causaba perder la vida. Su reinado habia sido durante algunos años la continuacion de la grandeza y la prosperidad del de Soliman II. Pero el hijo era demasiado endeble para reemplazar por mucho tiempo á su padre. La debilidad del príncipe despues de la muerte del gran ministro Sokolli se habia comunicado al imperio : la época de decadencia comenzaba para los otomanos.

En los libros siguientes verémos las causas de esta decadencia en la situacion relativa de los otomanos y de los cristianos, los unos no sabiendo mas que vencer, los otros aprendiendo á gobernar. Pero desde ahora la vemos en la ley universal de las cosas humanas, que no deja á los hombres, ni á los pueblos ni á las instituciones pararse en el apogeo de su fortuna ; que condena todo lo terrestre á una inestabilidad perpétua, y que obliga á bajar todo lo que no puede subir un grado mas, ó lo que no sabe regenerarse, como saben los turcos.